

# SECCIÓN III

---

## LAS ENSEÑANZAS Y SANIDADES DE JESÚS

**Incluye una armonía**

**Mt 8.1, 5–13; 11.2–30; 12.22–50**

**Mr 3.20–35**

**Lc 7.1—8.3, 19–21; 11.14–36**



**LA SANIDAD DEL SIERVO  
DE UN CENTURIÓN  
(MT 8.1, 5–13; LC 7.1–10)**

**Mateo 8.1, 5–13**

<sup>1</sup>Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente.

<sup>5</sup>Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, <sup>6</sup>y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, parálítico, gravemente atormentado. <sup>7</sup>Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. <sup>8</sup>Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. <sup>9</sup>Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. <sup>10</sup>Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. <sup>11</sup>Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; <sup>12</sup>mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. <sup>13</sup>Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

**Lucas 7.1–10**

<sup>1</sup>Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. <sup>2</sup>Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. <sup>3</sup>Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. <sup>4</sup>Y

ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; <sup>5</sup>porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga. <sup>6</sup>Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; <sup>7</sup>por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero dí la palabra, y mi siervo será sano. <sup>8</sup>Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. <sup>9</sup>Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. <sup>1</sup>Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

Después del Sermón del Monte, **cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente** (Mt 8.1). A partir de ese momento, Cristo iba a estar rodeado de multitudes adondequiera que fuera (vea Lc 7.9, 11). Para Jesús, sin embargo, los que le rodeaban no eran sencillamente una masa de gente. Él los veía como individuos con necesidades. Una frase que se encuentra en Lucas 7.13, expresa la actitud de Cristo: «Y cuando el Señor la vio, *se compadeció* de ella...». (Énfasis nuestro.)

Los textos contienen cuatro vívidos ejemplos del cuidado y la compasión que les tenía Jesús a los que le rodeaban. Los cuatro sucesos se encuentran en el libro de Lucas, por lo tanto usaré este evangelio como fuente primordial de la lección. Dos de los sucesos se encuentran también en el libro de Mateo, el cual usaré como fuente complementaria.

Después que terminó el discurso que pronunció sobre el monte, Jesús volvió a Capernaum (Lc 7.1). Estando allí, un **centurión** le envió una delegación judía para rogarle que sanara a su siervo (Lc 7.2–5). Puede ser que este centurión hubiera oído de la sanidad que había recibido el hijo de otro habitante de la ciudad anteriormente (Jn 4.46–54). El relato de Mateo indica que el centurión habló directamente a Jesús, mientras que en el relato de Lucas, se consigna que el oficial envió personas a hablarle. Puede que los dos estén en lo cierto, o puede ser que el centu-

rión, que no se sentía digno, sólo habló a Cristo *por medio* de los que envió.

Un «centurión» era un oficial romano que estaba al mando de cien soldados (como su título lo indica). Este centurión en particular se llevaba bien con la comunidad judía. Había dado fondos para la construcción de la sinagoga de ellos.

La preocupación del centurión era acerca de uno de sus siervos. Se nos dice que el siervo estaba **postrado** [...] **paralítico** en casa del oficial, se nos dice además, que estaba **gravemente atormentado**, y **a punto de morir** (Mt 8.6; Lc 7.2). El relato de Lucas consigna que se trataba de un siervo, a quien el centurión «**quería mucho**» (Lc 7.2). Todos hemos tenido a alguien a quien queremos mucho que se enfermó gravemente y podemos entender la preocupación del centurión.

Jesús respondió, emprendiendo el camino hacia la casa del soldado, pero este envió diciendo, que él no era digno de que Cristo entrara en su casa. Él reconocía la autoridad espiritual de Jesús (Lc 7.6–8). **Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe** (Mt 8.10). La fe del centurión motivó el anuncio en el sentido de que muchos gentiles (**muchos del oriente y del occidente**) formarían parte del reino de Cristo, mientras que muchos judíos (**los hijos del reino**) no entrarían (Mt 8.11–12). Y el criado **fue sanado en aquella misma hora** (Mt 8.13b).

Jesús ya no anda sobre la tierra, y Su tiempo para hacer milagros ya pasó; pero el Señor todavía tiene cuidado de nosotros cuando la enfermedad entra en nuestros hogares.

## JESÚS RESUCITA AL HIJO DE UNA VIUDA (LC 7.11–17)

<sup>11</sup>Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. <sup>12</sup>Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. <sup>13</sup>Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. <sup>14</sup>Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se

detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. <sup>15</sup>Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. <sup>16</sup>Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo. <sup>17</sup>Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.

**Aconteció después** que Cristo se dirigió a la ciudad de Naín (Lc 7.11), que se encontraba a treinta y seis kilómetros o así al sur suroeste de Capernaum. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.) Cuando Jesús, Sus discípulos, y la siempre presente multitud llegaron **cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda** (Lc 12).

En aquellos tiempos, a una viuda se le consideraba indigente. Cuando el esposo de esta viuda murió, por lo menos le quedó un hijo del cual podía depender. Luego, una segunda tragedia sobrevino: ese único hijo murió. Le esperaba un futuro muy desesperanzador.

El versículo 13 dice que cuando el Señor vio a la viuda de Naín, **se compadeció de ella**. Él también se compadece de nosotros cuando la tristeza nos llena los ojos de lágrimas (Stg 5.11b).

Cristo le dijo a la mujer que no llorara (Lc 7.13b). Luego tocó el **féretro** abierto. La palabra griega *σopός* (*soros*), que se traduce por «féretro». También podría referirse a una camilla de madera sobre la cual se transportaba el cuerpo. Hay quienes creen que los judíos rara vez usaban féretros. Y habló al hijo, diciendo: **Joven, a ti te digo, levántate** (Lc 7.14). **Entonces se incorporó el que había muerto** [revelando que había sido sanado], **y comenzó a hablar** [demostrando que su mente también había sido restaurada] (Lc 7.15a).

Esta es la primera resurrección que se consigna durante el ministerio de Jesús, pero ella sólo fue una ampliación de lo que había estado haciendo: sanar a los enfermos. Las dos clases de milagros contrarrestaban las fuerzas destructivas que devastaban el cuerpo físico. Quienquiera que afirme poder hacer milagros, deberá también ser capaz de resucitar a los muertos. Pedro, que

podía sanar a los enfermos (Hch 9.32–35), también podía levantar muertos (Hch 9.36–43).

**Y lo dio a su madre** (Lc 7:15b). De seguro había ternura en el rostro de Cristo cuando pudo la mano del joven en la mano de su madre. El hecho que ya no vivamos en la era de milagros no significa que Dios no tenga cuidado cuando la muerte nos destroza. Él nos da fortaleza en el tiempo de la aflicción (Jer 16.19a), y esperamos con ilusión ese gran día cuando resucitará a los muertos, y todos volveremos a reunirnos con los que amamos (1 Ts 4.13–18).

Cuando el joven se incorporó, todos los presentes se llenaron de asombro, **y glorificaron a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo** (Lc 7.16).

## JESÚS ENVÍA RESPUESTA A JUAN EL BAUTISTA (MT 11.2–30; LC 7.18–35)

Mateo 11.2–30

<sup>2</sup>Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, <sup>3</sup>para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? <sup>4</sup>Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. <sup>5</sup>Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; <sup>6</sup>y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.

<sup>7</sup>Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? <sup>8</sup>¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. <sup>9</sup>Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. <sup>10</sup>Porque éste es de quien está escrito:

He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz,

El cual preparará tu camino delante de ti.

<sup>11</sup>De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño

en el reino de los cielos, mayor es que él. <sup>12</sup>Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. <sup>13</sup>Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. <sup>14</sup>Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. <sup>15</sup>El que tiene oídos para oír, oiga. <sup>16</sup>Mas ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, <sup>17</sup>diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis. <sup>18</sup>Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. <sup>19</sup>Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.

<sup>20</sup>Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: <sup>21</sup>¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. <sup>22</sup>Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. <sup>23</sup>Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. <sup>24</sup>Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.

<sup>25</sup>En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. <sup>26</sup>Sí, Padre, porque así te agradó. <sup>27</sup>Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. <sup>28</sup>Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. <sup>29</sup>Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; <sup>30</sup>porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Lucas 7.18–35

<sup>18</sup>Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, <sup>19</sup>y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? <sup>20</sup>Cuando, pues, los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? <sup>21</sup>En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. <sup>22</sup>Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; <sup>23</sup>y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.

<sup>24</sup>Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? <sup>25</sup>Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. <sup>26</sup>Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. <sup>27</sup>Este es de quien está escrito:

He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz,

El cual preparará tu camino delante de ti.

<sup>28</sup>Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. <sup>29</sup>Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. <sup>30</sup>Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan.

<sup>31</sup>Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? <sup>32</sup>Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. <sup>33</sup>Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. <sup>34</sup>Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. <sup>35</sup>Mas la sabidu-

## ría es justificada por todos sus hijos.

Las nuevas de que Jesús resucitaba a los muertos, se propagaron por todo el país, incluso hasta la provincia sureña de Judea (Lc 7.17), donde Juan había sido encarcelado por Herodes. Según Josefo, el Bautista estaba cautivo en el palacio de Herodes, en Macaerus de Perea, sobre la margen oriental del Mar Muerto. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.)

Cuando los discípulos de Juan le informaron a este de las actividades de Cristo, él envió dos de ellos al Señor, diciendo: **Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?** (Lc 7.19b). Juan usó la misma expresión anteriormente cuando se refirió a Cristo como «el que *viene* tras mí» (Mt 3.11; énfasis nuestro).

En vista de que Juan no dudó en declarar que Jesús era el Mesías —el que había de venir— (Jn 1.29–36; 3.23–30), algunos comentaristas no están dispuestos a reconocer la posibilidad de que el Bautista se hubiera debilitado momentáneamente. Sin embargo, la Biblia, no presenta a sus héroes como seres libres de imperfecciones. Si tomamos el texto en su sentido más natural, en la oscura celda que estaba debajo del Castillo Negro, a Juan le estaba costando mantener su fe.

Para mí no es difícil entender cómo pudo haber sucedido esto. En primer lugar, este hombre vigoroso del desierto, había sido obligado al sedentarismo. Había estado preso varios meses. Esto tuvo que haberle causado alguna obsesión mental. Habría sido cada vez más difícil mantener los pensamientos destructivos a raya.

Además, es probable que Jesús no estaba cumpliendo con las expectativas de Juan. El Bautista había presentado al Mesías como alguien que blandiría vigorosamente un hacha, que limpiaría completamente su era (Mt 3.10, 12). Es probable que Juan tuviera el mismo concepto materialista del reino, que tenía uno de cada dos judíos (incluyendo los apóstoles; Hch 1.6). Puede que abrigara la esperanza de que Jesús reuniera un ejército, para derrotar a Roma, para echar de la ciudad a los dirigentes judíos impíos. Puede que incluso hubiera tenido la esperanza de que Cristo lo liberara e infligiera castigo a Herodes. En lugar de todo lo anterior, Jesús no hacía «más que» recorrer el país, enseñando y sanando a la gente.

Es probable que Juan anticipara que su muerte era inminente, pues sabía de qué eran capaces Herodes y Herodías. No sorprende, por lo tanto, que deseara estar seguro de haber cumplido la misión que Dios le había dado, y de que no había trabajado en vano. Así, envió sus discípulos a Jesús, preguntando: «¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?» (Lc 7.19).

La mayoría de nosotros, en alguno u otro momento, hemos hecho preguntas acerca de nuestra fe. Algunos hemos sufrido el oscuro tormento de la duda. Entienda usted que mientras no le cerremos la puerta a Dios, Él no nos la cerrará a nosotros. Mientras tengamos el corazón de alguien sincero que continúa escudriñando la Palabra, el Señor será paciente con nosotros, como un padre lo es con sus hijos (Lc 8.15; 1 P 2.2; 1 Ti 1.16). Cuando la duda nos atormenta los pensamientos, Jesús tiene cuidado de nosotros.

Los discípulos de Juan encontraron a Cristo ocupado en una de sus activas sesiones de sanidad. Cuando Él oyó la pregunta, lo menos que hizo fue encargarles que le dijeran a su maestro, que debió haberle dado vergüenza haber hecho tales preguntas. Antes, les dijo: **Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio** (Lc 7.22). Esta respuesta es una referencia a las conocidas citas mesiánicas tomadas de Isaías 35.5 e Isaías 61.1. Jesús deseaba asegurarle al Bautista que aunque podría no estar cumpliendo el *programa* que los hombres habían imaginado para el Mesías, sí estaba realizando el plan que *Dios* había concebido.

Añadió: **... y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí** (Lc 7.23). Había otros que se escandalizaban por las declaraciones de Jesús (Mt 13.57), pero Cristo no quería que Juan fuera uno de ellos. Esta fue Su manera de alentar al Bautista a «mantener la fe». En una paráfrasis se lee: «bienaventurado es aquel que no pierde su fe en mí».<sup>1</sup>

Que sepamos, esta fue la última comunicación entre Jesús y

---

<sup>1</sup>Kenneth N. Taylor, *The Living Gospels (Los evangelios vivientes)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House, 1966).

Juan. No se nos dice nada de la respuesta que Juan habría dado al mensaje de Jesús; sin embargo, el hecho de que varios años después, Mateo y Lucas consignaron el entusiasta elogio que hizo Jesús de Juan, es suficiente para convencerme de que, con la ayuda del Señor, el Bautista pudo enterrar sus dudas. J. W. McGarvey escribió esta alentadora idea: «No basta una acción para formar un carácter, no basta una duda para deshacerlo».<sup>2</sup>

Las preguntas de Juan hicieron que Jesús pronunciara dos discursos. El primero fue una defensa de Juan (Lc 7.24–30). Cristo enfatizó que Juan era el mensajero que se describió en la profecía de Malaquías (Lc 7.27; Mal 3.1; vea Mt 11.10; Mr 1.2), el **Elías que había de venir** (Mt 11.14; Mal 4.5). Dijo que **entre los nacidos de mujer, no [había] mayor profeta que Juan** (Lc 7.28a).

Jesús añadió estas asombrosas palabras: **pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él** (Lc 7.28b). Después de lo que Jesús acababa de decir acerca de Juan, la única manera como esta aseveración podía ser verdadera, era si Juan nunca hubiera estado en el reino. Hay una «antigua máxima legal que dice: “Lo menor de lo mayor, es mayor que lo mayor de lo menor”, que equivale en gran manera a decir que el diamante más pequeño, se compone de sustancia más preciosa que la de la mayor piedra».<sup>3</sup> Si bien fue Juan quien preparó el camino que lleva al reino, esto es, la iglesia, usted y yo tenemos el mayor privilegio de formar parte de él.

La gente se regocijó del elogio que hizo Cristo de Juan, porque habían sido bautizados por este (Lc 7.29). Esto le recordó a Jesús que los dirigentes judíos no habían respondido a las enseñanzas del Bautista: **Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan** (Lc 7.30).

Esto hizo que Cristo pronunciara Su segundo discurso, el cual trató sobre la incredulidad que le asombró y le entristeció. Reprendió a los fariseos por ser como muchachos que obstina-

---

<sup>2</sup>J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 282.

<sup>3</sup>McGarvey y Pendleton, 283.

damente rehusaban contentarse: Habían criticado a Juan por su ascetismo, y ahora censuraban a Jesús por Su sociabilidad (Lc 7.31–34). Reprendió las ciudades que habían tenido el beneficio de presenciar Sus milagros, ciudades cuyos habitantes, a pesar de esto, le despreciaron (Mt 11.20–24; vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice).

Con el corazón afligido, Cristo se volvió a Su Padre. De sus labios salió una oración, en la que incluyó acción de gracias a Dios porque [escondió] **estas cosas de los sabios y de los entendidos** [como los fariseos que se consideraban sabios (Jn 9.40)] y **las** [reveló] **a los niños** [los que tenían suficiente humildad para reconocer su necesidad (Mt 5.3; 18.3)]» (Mt 11.25). Jesús después se volvió a la multitud e hizo lo que a menudo se conoce como la Gran Invitación:

**Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga** (Mt 11.28–30).

Un yugo era una barra con dos piezas en forma de «U», que «enyugaba» a dos animales que trabajaban en pareja. En algunas partes del mundo todavía se usan yugos; en otros se usan algún sistema de arneses. El término «yugo» se usa por lo general en las Escrituras para referirse a una carga no deseada (Is 9.4; Jer 27.12; Hch 15.10; Gá 5.1; 1 Ti 6.1). En la ilustración de Jesús, no obstante, el punto es que el creyente es «enyugado» *con Cristo*, y es Él quien lleva la mayor porción del peso, si se lo permitimos. Por esta razón, dijo: «mi yugo es fácil, y ligera mi carga».

Muchas personas van por la vida llevando pesadas cargas. Aun los que están cargados de dudas, como lo estuvo Juan, deberían de regocijarse de que Jesús tiene cuidado de nosotros.

## LE UNGEN LOS PIES A JESÚS (LC 7.36–50)

<sup>36</sup>Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. <sup>37</sup>Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; <sup>38</sup>y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungió con el perfume. <sup>39</sup>Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. <sup>40</sup>Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. <sup>41</sup>Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; <sup>42</sup>y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? <sup>43</sup>Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. <sup>44</sup>Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. <sup>45</sup>No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. <sup>46</sup>No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. <sup>47</sup>Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. <sup>48</sup>Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. <sup>49</sup>Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? <sup>50</sup>Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.

Es sorprendente lo que dice Lucas 7.36. Inmediatamente después que Jesús censuró a los fariseos (Lc 7.30–35), esto es lo que leemos: **Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él** (Lc 7.36a). No sabemos dónde tuvo lugar este suceso. Lucas 7.37 se refiere a **la ciudad**, pero no sabemos de cuál ciudad se trataba.

El nombre del fariseo era **Simón** (Lc 7.40). Al relato de lo que sucedió cuando Cristo aceptó esta invitación, se le ha llamado «uno de los más conmovedores sucesos de todo el ministerio de Jesús».<sup>4</sup>

Con respecto al incidente, debemos recalcar que este no es el suceso de unguimiento que tuvo lugar cerca del final de la vida de Cristo (Mt 26.6–13; Mr 14.3–9; Jn 12.3–8). Hay parecido en algunos detalles, pero el lugar, el tiempo, la ocasión, los participantes y los resultados fueron diferentes. Ambos banquetes tuvieron lugar en casa de un hombre llamado Simón, pero un Simón era fariseo, mientras que el otro era un leproso (que había sido limpiado). (Simón era un nombre corriente. Son nueve hombres de nombre Simón, los que se mencionan en el Nuevo Testamento; es probable que hubiera miles en Palestina.) Otro detalle que se repite, es que en ambos casos Jesús fue ungido con perfume, pero por diferentes mujeres, y obteniendo diferentes resultados.

Debo señalar también que no hay apoyo escritural para la idea generalizada de que la mujer pecadora del relato de Lucas 7, sea María Magdalena. Es cierto que María Magdalena se menciona poco después de este suceso (Lc 8.2), pero a ella se le presenta como parte de un grupo que no se había mencionado anteriormente. También es cierto que María Magdalena había estado poseída de demonios (Lc 8.2), pero McGarvey hizo notar que «no hay relación entre el pecado y la posesión demoníaca. El primero insinúa un desprecio por las normas aceptadas de conducta religiosa, mientras que la segunda no insinúa pecaminosidad. Jamás se dice que esta aflicción fuera algo reprochable, sino que se consideraba solamente un infortunio».<sup>5</sup>

Volvamos al relato. No estamos seguros de las razones por las que Simón deseaba que Jesús viniera a su casa. Por la razón que fuera, lo cierto es que fue descaradamente inhospitalario (Lc 7.44–46). En contraste con el irrespeto del anfitrión, el relato habla del afecto de una mujer pecadora que se introdujo a la fuerza en el banquete, sin ser invitada. Poniéndose detrás de Jesús **comenzó**

---

<sup>4</sup>B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 17.

<sup>5</sup>McGarvey y Pendleton, 291.

**a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los unguía con [...] perfume (Lc 7.38).**

Simón quedó estupefacto. Se dijo a sí mismo: **Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora (Lc 7.39).** El fariseo creyó que estaba haciendo un juicio en cuanto a quién era Jesús; pero en realidad estaba haciendo un juicio acerca de su propia condición espiritual.

Al enterarse de los pensamientos de Simón, Cristo contó la breve, pero hermosa parábola de los dos deudores. Jesús enseñó que quien no esté consciente de sus necesidades espirituales, como no lo estaba el fariseo, **poco ama.** En contraste con él, la mujer que había pecado mucho, se daba cuenta de que ella no podía pagar la deuda de su pecado. Así, cuando se le perdonó, ella **amó mucho (Lc 7.47).**

En esta lección, se nos han dado cuatro ilustraciones del hecho de que Jesús tiene cuidado de nosotros: Tiene cuidado cuando la enfermedad invade nuestros hogares, tiene cuidado cuando la muerte nos destroza; tiene cuidado cuando la duda nos atormenta; tiene cuidado cuando el pecado nos abrumba. Pedro escribió: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, *porque él tiene cuidado de vosotros*» (1 P 5.6–7; énfasis nuestro).

Los que se dan cuenta de cuánto cuidado tiene Jesús de ellos, y de cuánto ha hecho Él por ellos, lo amarán mucho, y *demonstrarán* su aprecio. Ya que el Señor ha derramado Sus bendiciones sobre nosotros, debemos amarlo y debemos *expresar* ese amor.

## **APLICACIÓN: AMOR, LÁGRIMAS Y PERDÓN (LC 7.36–50)**

A Jesús le encantaba comer acompañado de otras personas. Comía con Sus discípulos (Mr 14.14; Lc 22.15), con Sus amigos (Lc 10.38–42; Jn 12.1–2) y con recaudadores de impuestos y pecadores (Lc 5.29–30). Comía incluso con fariseos (Lc 11.37–54; 14.1–6). Que sepamos, Cristo jamás rechazó una sola invitación a comer.

Lucas 7.36–50 habla de la primera vez que Jesús fue invitado a comer con un fariseo. Un giro inesperado de los acontecimientos dio origen a uno de los más conmovedores mensajes de Jesús sobre el amor y el perdón.

### **Un ruego extraordinario (Lc 7.36a)**

El relato comienza diciendo: «Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él» (Lc 7.36a). El nombre del fariseo era Simón (Lc 7.40, 43–44). En el lenguaje original, la palabra que se traduce por «rogó» insinúa apremio. Simón invitó una y otra vez a Jesús (Lc 7.39) hasta que Este aceptó la invitación.

¿Por qué estaba Simón ansioso porque Cristo comiera con él? Varias explicaciones se han dado.

Puede ser que al fariseo le agradaba Jesús. No todos los fariseos aborrecían a Cristo (Jn 7.45–52; Lc 13.31). Por regla general, cuando invitamos a alguien a nuestro hogar es porque nos agrada su compañía. Sin embargo, en vista de los eventos que siguieron, difícilmente parece haber sido esta la motivación de Simón.

Su propósito pudo haber sido el mismo de los demás fariseos: Tal vez estaba tratando de atrapar a Jesús o de sorprenderlo en alguna falta, que pudiera usar para acusarlo. Esto es posible, pero no hay nada en la narración que sugiera un deliberado intento de parte de Simón por atrapar a Cristo.

El motivo de Simón parece encontrarse en algún punto entre las dos primeras explicaciones. Seguramente había oído lo que los demás fariseos estaban diciendo acerca del Señor. Al mismo tiempo, es probable que estuviera consciente de la opinión que tenía de Cristo el pueblo. Poco antes de esto, Jesús había estado en Naín, donde el pueblo había exclamado, diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros» (Lc 7.16). La pregunta que tenía Simón en mente parece haber sido esta: «¿Quién es en realidad este Hombre?».

Se han propuesto otras razones para la invitación, pero cual haya sido el propósito de Simón, Jesús habría estado al tanto de él (Jn 2.25). Esto lleva a otra pregunta: ¿Por qué aceptaría Cristo tan dudosa invitación? Como ya se dijo, se nos ocurren varias posibilidades.

Sin duda Jesús sabía que Simón no estaba seguro acerca de

quién o qué era Él. Por lo tanto, pudo haber ido con el fin de ayudar a Simón. Durante la comida habría otras personas (vea Lc 7.49); puede ser que Cristo fuera a enseñarles. Además, es probable que Jesús supiera lo que iba a suceder en esa comida. Aunque Jesús perdió algunos atributos divinos cuando se hizo carne (Fil 2.6–7; vea Mr 13.32). Él todavía podía leer la mente (Jn 2.25), y tenía algún conocimiento sobrenatural acerca de los demás (Jn 1.48; 4.17–18). Hasta cierto punto, podía prever el futuro (Jn 6.71; Mr 8.31). *Podía* haber previsto que la mujer iba a estar en el banquete. Pudo haber ido a dar aliento a la mujer que iba a «colarse en la fiesta». Por último, como ya se hizo notar, a Jesús le encantaba comer, hablar y tener comunión con las personas, con toda clase de personas, aun con los que se le oponían. Había enseñado a Sus discípulos a amar a Sus enemigos (Mt 5.44); tal vez estaba dando una demostración práctica de tal amor.

La respuesta correcta al por qué Jesús fue a la casa de Simón es probable que sea «Todas las anteriores». Lo que importa es el hecho de que Jesús *aceptó* la invitación, y fue a comer con un fariseo.

### **Un individuo inhospitalario (Lc 7.36b, 44–46)**

La segunda parte del versículo 36 dice: «Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa». Nos enteramos por lo que dice el relato más adelante, que muchas cosas sucedieron (o, más bien, *no* sucedieron) entre el momento en que Jesús entró en la casa, y el momento en que se sentó a la mesa.

En aquellos tiempos, las costumbres sociales y la situación exigían que ciertas cortesías se le diesen al invitado que entraba en una casa. En primer lugar, el anfitrión le daba al visitante un beso de bienvenida (Gn 29.13; 45.15; 2 S. 15.5; 19.39; Mt 26.49; Hch 20.37; Ro 16.16). Por lo general, ese beso se daba en la mejilla.

Luego alguien traía una palangana llena de agua, y una toalla para que el visitante pudiera lavarse los pies (Gn 18.4; Jue 19.21; Jn 13.4–5; 1 Ti 5.10). Esta humilde tarea era llevada a cabo a menudo por siervos. El procedimiento era práctico, porque los hombres usaban sandalias cuando andaban por los sucios senderos. El ritual hacía sentir cómodo al visitante, y también protegía las alfombras y los cojines de la casa del anfitrión.

Una tercera cortesía, aunque no tan común, se daba a menudo a un invitado de honor: se proveía aceite o unguento para la cabeza y/o el rostro (vea Sal 45.7; 92.10; 104.15; 141.5; Ec 9.8; Am 6.6). Si el visitante había estado varias horas bajo el sol abrasador, esta expresión de bondad era bien recibida, además de refrescante.

Cuando Jesús llegó a la casa de Simón, ninguno de estos servicios se le hicieron. Más adelante dijo al anfitrión: «Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies [...] No me diste beso [...] No ungiste mi cabeza con aceite...» (Lc 7.44–46). No hay indicación de que a los demás invitados también se les descuidara (Lc 7.49). Los pronombres «me» y «mi» de los versículos 44 al 46 insinúan que Cristo fue el único que recibió este triple insulto.

### **Una mujer llorosa (Lc 7.36–39, 44–46)**

Antes de seguir con el relato, son necesarias algunas explicaciones. ¿Qué significa que Jesús «se sentó a la mesa»? (Lc 7.36). ¿Cómo podía entrar al banquete alguien que no estaba invitado, sin que aparentemente hubiera impedimento? (Lc 7.37). Después que llegó, ¿por qué estaba a los pies de Jesús, y no cerca de la cabeza? (Lc 7.38). Es necesario ambientar la escena.

En primer lugar, imagínese a los huéspedes alrededor de una mesa. La posición que normalmente se adoptaba para comer consistía en reclinarsse sobre el costado izquierdo, y apoyarse sobre el codo de ese mismo lado. Esto permitía tomar los alimentos con la mano derecha. La cabeza se orientaba hacia el alimento, mientras que los pies se extendían en sentido contrario. Otros dos detalles deben mencionarse: todos tenían los pies descalzos, al haber dejado las sandalias a la entrada; y no había más que hombres presentes. En los banquetes, a las mujeres se les permitía entrar solamente para servir o para entretener (vea Mt 14.6)

Ahora, imagínese el alboroto generalizado de un banquete oriental. Había conversación y risas. Había siervos que entraban y salían, llenando copas, llevándose un plato y trayendo otro. Es probable que también hubiera mirones curiosos alrededor de las paredes de la sala o del atrio donde se llevaba a cabo el banquete. La privacidad, tal como la conocemos en el mundo occidental, era relativamente desconocida en oriente en aquellos

tiempos. No era raro que los espectadores se introdujeran en un banquete, especialmente si se enteraban de que estaba presente alguna personalidad de renombre. Por lo tanto, para un pecador sin invitación habría sido relativamente fácil hacer acto de presencia, de repente, en medio del banquete de Simón.

Teniendo presentes los anteriores datos, sigamos con la lectura del texto: «Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume» (Lc 7.37).

A esta mujer se le llama «pecadora». En mi ejemplar de la NASB se lee esta nota al margen: «Esto es, una mujer de conducta inmoral». Jesús dijo más adelante que sus pecados eran «muchos» (Lc 7.47). Cualesquiera que hayan sido los pecados de ella, lo cierto es que eran muy conocidos; tenía mala reputación (Lc 7.39). La mayoría de los comentaristas concluyen que la palabra «pecadora» del versículo 37 es un eufemismo de «prostituta». Todos somos pecadores (Ro 3.23); sin embargo, los pecados de esta mujer no parecen ser de la clase corriente que nos asedian a la mayoría de nosotros. Los pecados de ella eran de tal naturaleza que tenían que ser de mala reputación.

Esta pecadora de tan mala fama, sabía quién era Jesús, y sabía que su vida había dado un giro radical por causa de Él. La parábola de los dos deudores que relata Jesús, enseña que, a quien se le ha perdonado mucho ama mucho (Lc 7.47). En vista de que la mujer expresó su amor por Jesús desde el momento en que entró en la sala, ella debió de haber sido perdonada anteriormente. Puede que los dos no hubieran tenido un encuentro cara a cara anteriormente, pero ella pudo haber tenido muchas oportunidades de oírlo hablar. Ella había visto Su amor por los pecadores y por los marginados (vea Mt 11.5, 19). Puede que hubiera oído Su tierna invitación, en Mateo 11.28–30.

El gran deseo de ver a Jesús, la valentía con que se introdujo en una reunión enteramente masculina, y las lágrimas que derramó (Lc 7.37–38), constituyen una prueba de las avasalladoras emociones que embargaban el corazón de esta mujer. Trate de entender cuán desesperanzadora era su situación cuando todavía no había oído de Cristo: el horror de cada nuevo día, la aversión que les tenía a los demás, el odio que sentía por sí misma. Luego,

cuando oye a Jesús, la luz de la verdad arrasa con las tinieblas de su mente. La fe (Lc 7.50) toma el lugar de la duda; la tristeza según Dios (Lc 7.38) toma el lugar de la tristeza según el mundo (2 Co 7.10). Su vida había cambiado.

Aparentemente le faltaba algo: una oportunidad para expresar su gratitud. Cuando se enteró de que Jesús estaba en la ciudad, se apuró a llegar a la casa de Simón, asiendo un frasco de perfume, el cual tal vez le había servido de herramienta en su oficio, pero que ahora era un medio para expresar su amor y gratitud.

Al llegar a la casa del fariseo, no debió de haberle resultado difícil, dada la algarabía y el bullicio del banquete, abrirse paso entre la multitud hasta que divisó a Jesús. Caminó alrededor de la mesa hasta donde Él estaba. Cuando estuvo cerca de su Salvador, las emociones se le desbordaron y le salieron lágrimas que cayeron como la lluvia.

Los pies de Jesús, que presentaban señales de haber viajado mucho, habrían sido salpicados por las lágrimas de ella, que ahora se mezclaban con el polvo de los senderos por los cuales había andado Él. Ella se soltó el cabello y comenzó a enjugar con sus trenzas lo que ahora eran manchas de barro. En esos tiempos se consideraba deshonoroso que una mujer judía adulta llevara su cabello suelto en público. Las muchachas judías se recogían el cabello a partir del momento en que se casaban, y nunca más volvían a aparecer en público con el cabello suelto. Esta mujer, inconsciente de cualquier expresión de asombro, siguió frotando los pies de Jesús.

Después comenzó a besar Sus pies. Cuando uno lee que besó los pies del Señor, no crea que se trataba de los pies suaves, bien cuidados, de un príncipe consentido. Tenga presente que se trataba de los pies ásperos, callosos, agrietados de este incansable Predicador que caminaba a todo lugar que iba; pies que en esta ocasión estaban cubiertos de barro seco y de residuos de los senderos de Galilea. Según el versículo 45, ella besó aquellos toscos pies una y otra vez. Al final, tomó su frasco, lo abrió, y comenzó a derramar aceite perfumado sobre los pies del Maestro.

No es difícil imaginar el efecto que esto produjo en el banquete de Simón. Recuerde que los fariseos no se relacionaban para nada con las mujeres en público. Recuerde la siniestra repu-

tación que tenía esta mujer en la comunidad. Agregue el extravagante comportamiento de la mujer al derramar sus lágrimas, enjugar los pies de Jesús, y derramar perfume sobre Sus pies, sin mencionar el escandaloso comportamiento al soltarse el cabello. Sin duda, la conversación cesó, y todos los ojos se posaron sobre esta mujer y Jesús.

¿Cómo afectaron a Cristo los detalles de esta situación? ¿Vio a la mujer antes de sentir que las lágrimas de ella le salpicaran Sus pies? ¿Cuál fue Su respuesta inmediata a estas extravagantes y poco convencionales expresiones de gratitud?

No tenemos certeza de la reacción inicial de Cristo, pero sí se nos habla del efecto que produjo en Simón. Es probable que el fariseo se sintiera avergonzado por lo que consideraba una demostración impropia en su casa; sin embargo, también se llenó de cierta satisfacción. Si alguna pregunta tenía sobre qué clase de persona era Jesús, la respuesta había sido dada. «... dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora» (Lc 7.39).

En lo que a Simón se refería, lo que estaba viendo sólo le permitía dos posibles conclusiones: O Jesús no sabía qué clase de persona era la mujer, y por lo tanto no era profeta, o sí lo sabía, pero no le importaba. En este último caso, no sería un hombre bueno. Lo que Simón no entendía era que Jesús *sí* conocía quién era y qué había sido ella. También conocía quién y qué era Simón, y estaba a punto de darlo a conocer a todos los presentes.

### **Un sencillo relato (Lc 7.40–50)**

Conociendo los pensamientos de Su anfitrión, Jesús «le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte» (Lc 7.40a). En lo que al fariseo se refería, el drama había terminado, el acertijo estaba resuelto. Casi se percibe cierta ironía en su voz al responder: «Di, Maestro» (Lc 7.40b). «Maestro» es traducción literal del griego. Este fue un título honorífico que Simón usó para Jesús, el cual probablemente pronunció con ironía, en vista de que el fariseo había llegado a la conclusión de que Cristo *no* era vocero de Dios (esto es, profeta).

Jesús después contó un sencillo relato, una anécdota de no más de dos oraciones de extensión. Tiene tres personajes, y una

trama mínima: «Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos» (Lc 7.41–42a). Un denario era el salario de un día de un obrero corriente (vea Mt 20.2). Por lo tanto, un deudor debía casi dos meses de salario al acreedor, mientras que el otro le debía todo lo que pudiera ganar en casi dos años.

Al leer «acreedor» [o prestamista], no crea que se trataba del banquero de su vecindario (el cual, espero, es más o menos amable). Piense, más bien, en un individuo que a menudo se caracterizaba por sacarle dinero a la gente, que era duro de corazón y que ponía un rostro de piedra: la clase de persona que vive a costa de los pobres, que cobra una exorbitante tasa de interés, y que no es nada benévolo con las personas que no puedan pagarle a tiempo.

Cristo siguió el relato, preguntando: «Di, pues, ¿cuál de [los dos deudores] amará más [al acreedor]?» (Lc 7.42b) La mayoría de los prestamistas de ese tiempo, y de hoy día, bufarían, diciendo: «No es amor lo que quiero. ¡Lo que quiero es *dinero!*».

No poder pagar una deuda ha sido siempre un asunto serio. Mateo 18.23–35 habla de hombres a quienes se les echó en la cárcel y se les torturó porque no pudieron pagar sus deudas. El sencillo relato de Jesús, por lo tanto, tomó un giro inesperado cuando dijo que el prestamista perdonó las deudas de los dos hombres. A los prestamistas se les conoce por romper piernas y hacer crujir costillas, pero rara vez dicen: «No te preocupes por lo que me debes. ¡Olvídalo!». Sin embargo, esto fue exactamente lo que hizo el prestamista de la parábola de Cristo.

Jesús, por lo tanto, se volvió a Simón y preguntó: «Di, pues, ¿cuál de [los dos deudores perdonados] amará más [al acreedor que los perdonó]?» (Lc 7.42b). Es probable que el fariseo estuviera aburrido. En su pensamiento, este relato era sin duda estúpido, y la pregunta absurdamente simple. Casi puede oírse la condescendencia en su voz cuando respondió: «Pienso que aquel a quien perdonó más» (Lc 7.43a).

Jesús le dijo: «Rectamente has juzgado» (Lc 7.43b). Subraye la palabra «juzgado». No era que Simón hubiera dado una respuesta; era que había hecho un juicio, un juicio de sí mismo. Sus propias palabras le declararían culpable.

Volviéndose a la mujer, Cristo le dijo al fariseo: «¿Ves esta mujer?» (Lc 7.44a). Me imagino a Simón diciéndose: «¡Qué pregunta más ridícula! ¿Cómo no iba a poder verla? ¡Me ha echado a perder mi banquete y me ha avergonzado! La hubiera echado de inmediato, si no fuera porque deseaba ver la reacción de Jesús. ¡Por supuesto que la veo!». Sin embargo, en realidad no la había visto, ¿verdad que no? Sus ojos estaban tan llenos de lo que ella *había sido* que no podía ver lo que ella *era*. El poeta Tennyson escribió estas tristes palabras: «El mundo no creerá que un hombre se arrepiente».<sup>6</sup>

Vuelto hacia la mujer, pero hablando a Simón, siguió diciendo Jesús:

Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungieste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies (Lc 7.44b-46).

Jesús después aplicó el relato que había contado: «Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama» (Lc 7.47).

Vuelva la mirada a la parábola en los versículos 41 y 42. Burton Coffman<sup>7</sup> propuso la siguiente aplicación:

El prestamista = Jesucristo nuestro Señor.

El que debía 500 denarios = la mujer pecadora.

El que debía 50 denarios = el fariseo.

El hecho de que ninguno de los dos podía pagar = el hecho de que ningún ser humano puede hacer expiación ni

---

<sup>6</sup>Alfred, Lord Tennyson, *Geraint and Enid*; citado en W. Emery Barnes, *The Forgiveness of Jesus Christ (El perdón de Jesucristo)* (New York: Macmillan Co., 1936), 53.

<sup>7</sup>Adaptado de James Burton Coffman, *Commentary on Luke (Comentario sobre Lucas)* (Abilene, Tex.: ACU Press, 1975), 147.

siquiera por el más insignificante de sus pecados.

El hecho de que generosamente perdonó a los dos = el favor no merecido de Dios al dar un medio de perdón para todos.

Debe tenerse cuidado de no buscar significados en todos los detalles de la parábola. (En este caso, por ejemplo, el Señor no tiene todas las características de un indeseable prestamista.) Sin embargo, los paralelos que se proponen son interesantes.

Si la aplicación de Coffman es exacta, la diferencia de 450 denarios entre una y otra deuda, habría sido *a juicio de Simón*. El fariseo sin duda se habría considerado diez veces mejor que la mujer pecadora, si no es que ciento o mil veces. ¿Era realmente mejor? La mujer era culpable de pecados de la carne, mientras que él lo era de pecados del espíritu. Ella era culpable de pecados de comisión, mientras que él lo era de pecados de omisión. Es probable que ella fuera conocida por un pecado, mientras que el fariseo había multiplicado sus pecados: Era culpable de orgullo, egocentrismo, santurronería, prejuicio, ceguera espiritual e hipocresía.

Las cantidades específicas que se mencionan en la parábola, carecían, desde luego, de importancia. Lo que importa es que los dos deudores «[no tenían] con qué pagar» (Lc 7.42). Todos somos pecadores (Ro 3.23), y ninguno de nosotros puede hacer suficientes buenas obras para pagar la deuda de pecado (Ro 6.23a). Todos nosotros nos encontramos con las manos vacías en presencia de Aquel que tanto nos ha dado.

¿Qué esperanza tenemos? Nuestra única esperanza reside en la misericordia de nuestro Señor. Por regla general, los prestamistas no son misericordiosos, pero Dios sí lo es. Como Pablo lo expresa: «Gracia, misericordia y paz» son «de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor» (1 Ti 1.2; 2 Ti 1.2).

«La parábola no trata sobre la *cantidad* de pecado que haya en la vida de una persona, sino en la *conciencia* que tenga de ese pecado en su corazón».<sup>8</sup> La mujer estaba completamente cons-

---

<sup>8</sup>Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 198.

ciente de la gravedad de su pecado. Esto es lo que dan a entender sus lágrimas. Su amor por Cristo se le desbordaba. En contraste con ella, Simón, al no estar consciente de su propio pecado, no se sentía culpable, no sentía obligación de expresar amor. Ya alguien dijo que «el más grande de los pecados es no estar consciente de pecado».<sup>9</sup>

¿Cómo respondió el anfitrión de Jesús a las acusaciones de Este? Es probable que el fariseo se quedara sin habla. Al menos, no se recoge respuesta alguna.

Después, Cristo habló directamente a la mujer por primera vez, diciéndole: «Tus pecados te son perdonados» (Lc 7.48). Como ya se sugirió, los pecados de ella le habían sido perdonados en el pasado, de modo que lo que estaba haciendo Jesús era darle seguridad de que contaba con ese perdón. En la Jerusalem Bible se lee que las palabras de Jesús fueron estas: «...sus pecados, sus muchos pecados le debieron de haber sido perdonados; de lo contrario, no hubiera mostrado tanto amor» (Lc 7.47).

El amor es parte importante de la obtención de perdón (Jn 14.15; 1 Jn 5.3); sin embargo, lo que se recalca en este relato es que la gratitud por haber recibido perdón *producirá* amor: El que está consciente de que se le perdonó mucho, mucho ama, «mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama» (Lc 7.47b).

Cuando Jesús le dijo a la mujer que los pecados de ella habían sido perdonados, los demás invitados se escandalizaron. Murmuraron, diciendo: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?» (Lc 7.49b). En opinión de ellos, Dios era el único que podía perdonar pecados. Y una vez más, Jesús afirmaba ser igual a Dios (vea Mr 2.5-17).

Haciendo caso omiso de los demás, Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado» (Lc 7.50a). La fe de ella se habría producido al ver y oír a Jesús (Ro 10.17). Ahora esa fe se había expresado. Ella había demostrado el principio de Gálatas 5.6: «[lo que vale es] la fe que obra por el amor».

Después Jesús le dijo a la mujer: «ve en paz» (Lc 7.50b). La preposición griega que se traduce por «en» en el versículo 50 es

---

<sup>9</sup>William Barclay, *The Gospel of Luke (El evangelio según Lucas)*, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 95.

εἰς (*eis*), que literalmente significa «a» o «hacia». Esto fue lo que literalmente dijo: «Ve a paz». En el pasado, no había tenido paz en su corazón ni en sus pensamientos, pero ahora se le daba la oportunidad de comenzar de nuevo (2 Co 5.17; Ro 5.1).

No fue que Cristo le restara importancia a los pecados de la mujer. Consideró que habían sido «muchos» (Lc 7.47). En lugar de desestimarlos como si fueran triviales, le dio a ella motivos para dejar de pecar. En una ocasión posterior, cuando a Jesús lo enfrentaron con otra mujer pecadora, al despedirla, le dijo: «no peques más» (Jn 8.11b). En esta ocasión, estuvo implícita la misma recomendación.

### Lecciones sobre el amor

¿Tuvo la reprensión de Jesús algún efecto en Simón? ¿Llevó la mujer una vida piadosa a partir de aquel momento? Esperamos que sí; sin embargo, el texto no lo dice. La Biblia no se escribió para satisfacer nuestra curiosidad; tampoco se escribió este relato para censurar o elogiar a los participantes originales. Más bien, se escribió para hacer que cada uno de nosotros escudriñe su corazón y su vida. Que cada uno de nosotros se haga las siguientes preguntas.

1) *¿Estoy yo consciente de la gravedad de mi pecado?* Simón estaba cargado de respetabilidad. No me malentienda: la respetabilidad es de ser deseada, pero es un mal sustituto de la justicia. Es infinitamente más difícil llegar al corazón de un pecador respetable que al de un individuo impío que está dispuesto a reconocer su pecado. Que cada uno de nosotros diga: «¡Mi deuda es grande, oh Señor!».

2) *¿Estoy yo consciente de cuán maravilloso es que me sean perdonados mis pecados?* En la lectura de esta semana, se lee que Jesús hizo muchas maravillosas obras: sanó al siervo de un noble; resucitó a los muertos; hizo muchos milagros; sin embargo, lo más maravilloso que hizo, fue ayudar a una pobre mujer a encontrar la paz del perdón.

Como ya lo insinué, la parábola de los dos deudores no es completamente paralela con la realidad. Otro ejemplo de esto es que un prestamista podría sencillamente *decir* que la deuda está perdonada, y asumir la pérdida. Dios, sin embargo, no podía

hacer esto; la deuda de nuestro pecado debía *pagarse*, ¡y fue pagada por medio de la muerte de Su hijo en la cruz! (Jn 3.16; 2 Co 5.21; Col 2.14.) Que cada uno de nosotros diga: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2 Co 9.15).

3) *“Habiendo sido mucho lo que se me perdonó, ¿amaré mucho?* Si el relato de la cruz ha llegado a ser cosa común y corriente para nosotros, jamás se nos llenará el corazón de pasión avasalladora. Entendamos que Jesús nos amó (Ro 8.37) y sigue amándonos (Ap 1.5). Renovemos cada día nuestro afecto por Él.

4) *He expresado yo mi amor?* Las desmesuradas muestras de gratitud de la mujer, habrían sido desconcertantes y penosas para muchos de los que estaban presentes en la casa de Simón. Es probable que algunos dudaran de la cordura de ella. Al verdadero amor, sin embargo, no le importa el costo. Al expresarse no repara en costos. ¡Pidámosle al Señor que nos ayude a *manifestar* nuestro amor!

### **Conclusión**

Jesús, que sepamos, jamás rechazó una invitación a comer. Esto me recuerda la maravillosa invitación que hace Cristo en Apocalipsis 3.20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». Jesús desea cenar con usted; sin embargo, usted primero tendrá que invitarlo a entrar a su vida.